

Yo sé que una buena parte de vosotros (perdonadme, españoles, estamos hablando entre nosotros) cree que el general José de San Martín fué un traidor, un traidor públicamente convicto y confeso del crimen de lesa patria española. Empiezo entendiéndome con esa mala parte de vosotros; efectivamente, San Martín perteneció a la patria española—y si no, que lo griten entre llamas las almas de los franceses muertos por él en Bailén—; perteneció a la patria española y sigue perteneciéndole, porque, separando administrativamente a América de España, salvó a España en América. Como Portugal trasladara su corte a Brasil para salvaguardar la dignidad del reino, San Martín llevó a América—raptó para llevar a América—el honor español, despedazado aún a dentelladas de envidias y de traiciones tras la cínica componenda de Bayona.

San Martín, es cierto, combatió contra las fuerzas peninsulares destacadas en América, pero lo hizo con hombres que—como él—se consideraban y se llamaban españoles americanos: los hombres de la España americana, a la que vuestra Península de entonces no podía comprender porque había perdido, con el sentido universal, el sentido imperial que la obligaba.

Ningún Imperio se justifica si no es por su destino; ningún Imperio subsiste si no es cumpliéndose. El Imperio tiene la permanente obligación de asegurar su unidad a todo trance, por las buenas o por las malas: por las buenas, asistiéndole el derecho; por las malas, con su derecho y con fuerzas suficientes para legar esa empresa a las generaciones futuras. Porque los Imperios empiezan a morir con la primera enfermedad imperial. Y el nuestro padecía de anemia desde hacía más de un siglo; padecía de esa anemia que para llamarse con un nombre a la moda se llamó liberalismo. Nuestro Imperio tenía toda una orgullosa historia señorial. Señorialmente, generosamente, había pasado por Europa sus armas sacudiéndola del sueño parálítico que engrillaba sus miembros y que helaba su corazón. Señorialmente había conmovido a la Cristiandad en ruinas, y jugándose el alma, en un arranque de juventud, había saqueado a Roma, el corazón de la Cristiandad. Había saqueado a Roma, mejor dicho, a la molición de Roma, en nombre de ese derecho que le asistió desde el día en que se incorporó a su Iglesia: el de ser más papista que el Papa. Había saqueado a la Ciudad Universal no para destruirla, no para anularla en su universalidad, sino para universalizarla, para instalar otra vez en ella la Roma universal. Había provocado una fuga de monjes para convencerlos de la necesidad de ser señores. Había puesto en apuros al Papa para apurarlo a ser Papa. A serlo y a saberse y a proclamarse dotado de la dogmática infalibilidad papal que nuestro Imperio defendería en Trento contra la conspiración de los obispos atacados del morbo gálico de la libertad.

Nuestro Imperio vivía todavía su cuento de hadas y de guerreros: lo vivía para todos y contra todos.

Mientras los otros pactaban su derrota con el Turco, él pactaba con Dios el triunfo de Lepanto. Mientras los otros oficiaban las misas negras de su tristeza—de su tristeza ni siquiera desesperada—, él, a puno de caer derrotado, a medio derrotar en todas partes, organizaba con Lope el *Tedum* de su esperanza. Es que España no quería entregarse; no quería entregarse a la pornografía política de la nueva historia europea; no quería ser ella una pupila más de la rufianería internacional.

Pero un día su Rey se quedó dormido. Los pastores del Tajo—"pastores los del Tajo en su ribera"—lloraban a Garcilaso, muerto a manos francesas en el revoloteado trémulo de un palomar. Pastores de Nochebuena preguntaban al cielo por la Estrella, mientras la mano temblona de un Rey hechizado testaba en Palacio nuestra perdición.

La anemia triunfaba sobre la historia. Y, a poco, la historia de unas favoritas, que tenían la desventaja de ser feas y legítimas, triunfaba sobre la misión imperial. El Reino no pasaba de ser un cortijo, mientras el Imperio—la España verdadera—trataba de ignorar que carecía de metrópoli.

Y amaneció un día, españoles, en que el Imperio tuvo otra vez una metrópoli. No estaba en Buenos Aires. No estaba en la rebelión de una minoría leguleya que intentaba justificaciones abstrusamente liberales para explicar a los pueblos su rebeldía. No estaba el Imperio en la prepotente aldea que intentaba su primer imperialismo allanando los derechos de un territorio que no le pertenecía. No estaba en la apatencia aislada de un grupo de energúmenos de media voz que procuraba simular la reclamación de un clamoroso territorio. Nuestro territorio, españoles, nuestro continente, clamaba por una metrópoli, y esa metrópoli, esa jefatura, era José de San Martín, el Jefe. Era el americano que tornaba de la Península Madre cubierto de fogañosos de gloria, dispuesto a perderlo todo, a perder el honor de su carrera y de su apellido, en el sacrificio de una patria que él había de apadrinar. Así llegó a América ya patriótico, destinado ya a morir en olor de proceridad, ya comprometido a vivir en rigor de heroísmo.

Llevaba de Europa—de España—su universalidad, en misión de patria, con el mandato de rescatar nuestras provincias del estado político que amenazaba convertir las en colonias. Factores del Imperio, no podían trocarse en factorías. Coobligadas al destino imperial, parte integrante del Imperio en las duras y en las maduras—más en las duras que en las maduras y más en las guerras que en los tratados—, integrantes del Imperio, decía, no podían asistir indiferentes a la indiferencia de la metrópoli. Ellas, nuestras provincias, estaban cansadas, cansadas de desesperanza; querían luchar contra sus invasores, y la Península les imponía la paz y las obligaba a devolver—a devolver, sí, españoles; así como suena—, las obligaba a devolver sus propias tierras invadidas; querían caudillos, y la metrópoli les enviaba administradores; querían gobernantes, y España les enviaba señores medio castigados.

Con el mandato de desbaratar todo aquello llegó San Martín a América. No lo mandaban las logias, como algunos

pretendieron y como lo pretendieron las logias masonónicas. Escribese lo que se escriba, demuéstrase lo que quiera demostrarse, San Martín no era un muñeco de las logias; las logias, si, fueron en algún momento sus titeres. Las de Cádiz y de Londres podrían exhibir su nombre inscrito en sus registros; pero ni la de Londres ni la de Cádiz se atreverán a negar jamás que San Martín les sirvió poco en sus designios, que su incorporación a ellas no fué sino el medio de que él se valió para valer a su patria: no para servir a ellas, sino para servir a la causa de la independencia americana por encima de la masonería y contra la masonería.

Ya es hora de que los masones dejen de llamarle el Libertador, para llamarle el Embaucador: el embaucador de tontos defraudados en la pobre creencia de que tenían en él un instrumento, mientras él instrumentaba la liberación de América con un claro sentido antimasonónico, con una clara conciencia de su misión constructora.

Si en Buenos Aires crea la logia Lautaro, no lo hace para fundar una filial, no lo hace para servir a una logia dirigida, sino para dirigirla y para que sirva a sus propósitos; para levantar ante una minoría de snobs aficionados a las operetas liberales un teatro de marionetas cuyos hilos él movía y cuyas figuras administraba con una sagacidad dictatorial. Hasta que, asegurada su empresa, traspuestos ya los Andes, superados los pequeños menesteres de la política, suelta los hilos y su mano toma las riendas de la acción. Ya San Martín no es el hermano San Martín. Ya no es el presunto aspirante a un grado de la masonería, como lo creyeron los mandiles de Londres y de Cádiz. Ya no es el candidato a Gran Maestro de un Oriente local. Ahora es el Gran Maestro de una orden de caballería, que, por el hecho de no ser un sirviente, se ha convertido en un traidor.

Desde su vuelta a América se le sospechaba de tal. Su presencia molestaba a los que debían ser sus aliados, porque la presencia callada ha molestado siempre a los charlatanes. A los charlatanes les molestaba aquella decisión suya de no hablar sino lo indispensable; de no hablar sino para pronunciar las palabras indispensables, de hablar sólo para proclamar. Y eso les dolía a los parlanchines de la revolución. Les dolía que un hombre al que adivinaban superior, al que tenían como superior, callara. Les dolía sentirle prócer mientras ellos andaban haciendo los primeros palotes de una fama que quizá no conquistarían jamás. Quizás hasta le envidiaran su masonería europea, ellos que jamás podrían salir de su condición de sacristanes, de aspirantes a sacristanes de una masonería provinciana.

Quizá le envidiaran su porte de señor, ellos que vivían pendientes de su atuendo de señoritos endomingados. Quizá le envidiaran ya su adivinado título de padre de la patria argentina, ellos que para denigrarlo, sin saber que le honraban, le llamaban el Gallego. Masones de medio pelo le temían a no poder; políticos de medias aguas—de medias aguas revueltas—le envidiaban a más no envidiar. Porque él estaba por encima de políticos y de masones; porque él, pronunciándose por la independencia americana, no se había puesto al servicio de ellos; pronunciándose por su patria, se había puesto al frente de una gigantesca partida, y baténdose por la liberación, no fué nada más y nada menos que el príncipe de los guerrilleros, el príncipe de los comuneros americanos, que en la hora de la ineptitud peninsular afirmaba la principalidad de América.

No podía servir a masones quien era clásico de la cabeza a los pies; clásico para caminar y para pensar sobre la realidad de la Tierra. No podía servir a masones quien, como él, era antirrevolucionario con toda su alma. Así como lo oís, españoles: San Martín, el antirrevolucionario por excelencia—por excelencia y por excelente—. El no inventó la revolución; fué a su encuentro, no para sumarse a ella y a su política, sino para realizar, con un país en estado emocional de guerra, el perseguido fin de la independencia americana. Asumió los hechos, hizo conscripción de hombres y se lanzó con ellos a su empresa; con los hombres y con los hechos, a reconstruir una patria que amenazaba perderse, víctima de la incomprensión de los unos y de la guerra de los otros. El—quizás el único—no peleaba por palabras vanas; no peleaba por la palabra "libertad", ni por la palabra "independencia", ni por la palabra "gloria", ni siquiera por la palabra "patria", ni mucho menos por la palabra "democracia"; peleaba sencillamente por la patria, a la que quería liberar de la administración española por la sencilla razón de que quería mejorarla. No hacía anarquismo romántico; no luchaba contra un gobierno por el hecho de ser gobierno, sino porque quería un gobierno real; porque—aunque se enojen todos los demoliberales de todas las demoliberatocracias del mundo—San Martín era esencial y públicamente monárquico; porque él—aunque se escandalicen todos los teorizadores—, el vencedor de los realistas, era esencialmente realista; realista por encima de doctrinas y aun de medios; realista hasta el punto de enrostrar a la revolución de 1810—la revolución que él había asumido como hecho histórico irreparable—el más vergonzoso de los fracasos. El 1.º de febrero de 1814 escribía a Tomás Guido, su corresponsal de siempre: "Visto que veinticuatro años de ensayos no han producido más que calamidades, y por el principio bien simple de que el título de Gobierno no está asignado a la más o menos liberalidad de sus principios, pero sí a la influencia que tiene en el bienestar de los que obedecen, ya es tiempo de dejarnos de teorías hasta que no vea un gobierno que los demagogos llamen tirano y me proteja de los bienes que me brinda la actual libertad". Y concluía el héroe: "El hombre que establece el orden en nuestra patria, sean cuales sean los medios que para ello emplee, es el sólo que merecerá el noble título de su libertador".

Pocas veces la historia ha registrado un espectáculo semejante: el del hombre ya estatuario que cede sus derechos de inmortalidad a un hombre por llegar; el ejemplo de libertador que, renunciando a su título, se contrae al de precur-



POR GNACIO B. ANZOATEGUI

soi para cederlo efectivamente a quien efectivamente liberó a su patria de los criminales teorizadores de la libertad.

Es claro que el héroe no aprendió esas cosas en *El contrato social*, de Juan Jacobo Rousseau, ni las aprendió en los opúsculos preantifascistas de los abates franceses, ni tampoco en los pequeños ensayos de un Jacobo Maritain—cancionista del neotomismo—. Las aprendió naciendo en la realidad americana, las aprendió peleando en la invasión de España, las aprendió luchando en la soledad de América. Por que también él sintió allí la soledad de los conquistadores; solo él entre todos, solo él contra casi todos; dueño del gobierno del Perú con el título de Protector, se vio precisado a desbaratar un complot organizado por sus propios oficiales para derrocarlo; por sus propios oficiales, a los que condujera de la mano, como a niños, por los caminos de la gloria; por sus propios oficiales, que, antes que a la patria, servían a una teoría extranjera y extranjerizante en la que la patria no era más que un pretexto sentimentalmente útil y livianamente geográfico; por sus propios oficiales, por su propio mundo, que lo envió, ya derrotado, a entrevistarse con Bolívar en Guayaquil. Ya derrotado, no; ya sin ánimo para triunfar, ya con el "¿para qué?", con el "no vale la pena", que es el trágico despertar de un sueño para entrar a la pesadilla del desengaño.

Y, personalmente vencido, él no daba por vencida a la patria. Dejó su suelo, pero siguió viviéndola; siguió tomando el pulso a la patria moribunda y hasta se atrevió a llegar a su puerto—él, que la había hecho—, y allí, entre mensajes y contramensajes que parecían condiciones de desembarco, se decidió a deterrarse por última vez antes de haber tomado tierra, antes de tocar su propia tierra, que como a ringuno le pertenecía en propiedad. Y es que, en su fervor aristocrático, respetaba aún al intruso que pudiera considerarle un intruso: un intruso a él, que era el señor; un intruso a él, que era el creador del nuevo Estado nacional.

Desde su retiro de Francia, él, José de San Martín, él, que entregó su destierro a los suyos como antes les ofreciera su vida, ofreció todavía su brazo armado al Supremo Caudillo cuando temió amenazada la soberanía de la Nación. Pero su brazo no era indispensable; era demasiado brazo su brazo para que lo tajeara un francés cualquiera metido a almirante o cualquier pirata inglés ascendido a comodoro. San Martín era demasiado San Martín para utilizarlo en una refriega de marineros envanecidos. Su sable era demasiado sable para meterlo en otra guerra que no fuera contra españoles. Y—sin saberlo, pero Dios lo sabía—el Supremo Caudillo, D. Juan Manuel de Rosas, declinaría el honor de su sable en lucha para recibir el honor de su sable en premio; de su sable, legado como certificación de su título de libertador contra el atentado anglofrancés y contra sus aliados de dentro, contra la liberalidad de los principios de gobierno y contra las calamidades políticas que azotaban antes al país; de su sable, legado en la persona del dueño de un gobierno—para repetirlo con las propias palabras del soldado—de "un gobierno que los demagogos llamen tirano y que me proteja de los bienes que me brinda la actual libertad".

Me referí antes al hombre ya estatuario; quise decir "el hombre digno ya de su estatua", no "el hombre estatua". Porque San Martín no fué jamás, ni pudo serlo, ni es una estatua; fué el hombre viviente, el hombre inmortal—perdonadme la paradoja—, inmortal, sin muerte.

Conspiradores de todas las layas quisieron convertirlo en estatua para escamoteárnoslo como hombre. De su carne hicieron bronce y de su vida hicieron monumento, para inmovilizarlo. Unos de buena fe y otros de mala fe, lo encerraron vivo y lo pasearon y lo siguen paseando desde los Andes hasta los libros y desde los libros hasta los Andes. Historiadores y poetas atronaron el espacio con sus ditirambos para tapar su voz. Unos de buena fe y otros de mala fe, nos entregaron un prócer; pero los de mala fe nos lo robaron hombre para robarnos su realidad, para quedarse ellos con la patria y sus ventajas. Nos entregaron un idolo momificado en distancia, un tieso abuelo, todo el dignidad, todo el divinidad, todo él lejanía.

Bartolomé Mitre dirigirla la tramoya. Para eso escribió su *Historia de San Martín*, para convertirlo en estatua y acotar su vida; para que su vida ejemplar fuera un ejemplo imitable y para que su postura estatuaría nos lo hiciera inimitable. "Si el bronce se animara"—exclamó en una de sus más repetidas frases sobre el héroe—; porque a partir de su *Historia* San Martín no fué otra cosa que una estatua de bronce: un inanimado objeto al que podía decirse cualquier cosa con la doble impunidad de que él no podía desmentirla y de que el osado que la desmintiera era por lo menor un criminal capaz de turbar el sueño del abuelo.

Vosotros, españoles, no tuvisteis la culpa si le llamasteis traidor. La tuvieron nuestros historiadores, nuestros vendedores de historias, que nos lo presentaron como antiespañol para que nosotros fuéramos, por solidaridad con él, antiespañoles, y para que vosotros fuérais, por reacción contra él, antiargentinos. La conspiración no podía ser más perfecta. Año a año, mes a mes, día a día, nos separaba la estatua, que no el hombre: una palabra suya pronunciada en el dolor de la batalla, quizás una interiección suya lanzada en el fragor de la incomprensión recíproca, bastó a nuestros vendedores de historias para ofrecérselo y para que nosotros os lo ofreciéramos por los siglos de los siglos como una especie de Savonarola de la libertad, como un *maquí* de la antihispanidad. He hablado de la incomprensión recíproca, españoles: de la nuestra y de la vuestra, porque unos y otros nos desentendíamos de nuestros problemas. Nosotros, juzgándonos definitivamente atados al destino de un Gobierno sin remedio. Vosotros, negándoos a la paz que San Martín, con todos los triunfos en la mano, os ofreciera sobre la base del reconocimiento de un Imperio ligado a España con los indestructibles lazos de una común filiación. Aquello que Pizarro no hizo porque a la metrópoli le sobraban fuerzas para ser cabeza de un Imperio, San Martín lo quiso cuando la misma metrópoli, perdida la cabeza, entre derrotas y triunfos, entre guerrilleros



mitológicos y políticos que coqueteaban todavía con las últimas *cocottes* del enemigo, había perdido ya su derecho de metrópoli. Y lo quiso por amor a su tierra. Había peleado contra la "dominación española", había expuesto su vida y su todo luchando contra los funcionarios españoles entonces dominantes, y vencedor de ellos en tres naciones, reclamaba todavía el derecho de no apartarse de ser español, de consolidar para América su título de España americana.

A pesar de todos los requerimientos del estado de guerra en que vivíamos; a pesar de todas las estridencias de la ocasional enemistad en que moríamos, jamás sus labios ni su pluma se tiñeron en la tinta de la leyenda negra antiespañola. Mientras sus aliados americanos renegaban de su sangre y pintaban a sus abuelos con los más crudos colores; mientras los nietos de los conquistadores—los detentadores de su herencia—los llamaban tiranos y ladrones, él, José de San Martín, se limitaba a rescatar esa herencia de manos de peores administradores, como lo eran los delegados de la Península. A él no le importaban las tiradas declamatorias de los nietos: le importaba América, que padecía el gobierno tontamente tiránico de los sobrinos y nietos adueñados de la voluntad de las autoridades metropolitanas. Por eso y contra eso luchó, para dar vida a la verdadera vida; para dar vida a la realidad americana, a su realismo y a su realeza; para hacer reconocer la justicia de los nietos, que aunque se equivocaran alguna vez en la propaganda, aunque hablaran con injusticia de sus abuelos, tenían su razón de nietos siquiera para equivocarse de medio a medio y también de fin a fin, porque si el fin justifica a veces los medios, los medios adulteran a veces el fin. Y así llegó la hora en que los medios del Gobierno español en América, adulterando el fin del Gobierno justificaban medios que de otra manera hubieran resultado groseramente injustos.

A San Martín no le interesaba la libertad por la libertad, como les interesaba a los partidarios de todo desorden; a él le interesaba la libertad de América. No le interesaba la declamación de la independencia, sino la independencia misma de la Patria para la recuperación de su destino. No le interesaba el gorro de cascabeles que una oligarquía con máscara de democracia pretendía ceñir sobre el pelo de trigo de la Patria argentina; le interesaba la Patria clásica, la Patria vertical, clamorosa de lanzas y de espigas, de robles y de laureles; la Patria de pelo de trigo por quien pudiéramos morir como se muere por una mujer; no la Patria casera, sino la Patria con casa puesta; no la Patria con olor a encierro, sino la Patria con olor de novia; no la Patria-recuerdo, sino la Patria-presencia; no la Patria para decirle requiebros, sino la Patria para afirmarla con argumentos de letanías. Así entendió San Martín la realidad argentina, en función de América como continente y en función de España como contenido; no para, libre, fuera de cualquiera, sino para que fuera ella misma dueña de su ser y dueña también de su sentido.

Para algo era él un clásico: para querer una Patria clásica, una Patria patricia. No la Patria chillona que los románticos de la libertad pretendían, en su afán de separarse de España para darse el gusto de extranjerizarse, sino la Patria indispensable a la que él aspiraba para darle el gusto de vivir en su propio orden soberano, de asumir en derecho su propia responsabilidad de Estado que de hecho vivía desde los primeros años de la Conquista.

Por algo era él un clásico. Por algo, como en una tormenta griega, asistió, con su dolor de padre desmentido, al fracaso de una empresa a la que había consagrado la integridad de su vida. Por algo, españoles (y perdonadme que me duela todavía confesarlo ante vosotros, nuestros enemigos de un día), por algo, españoles, él se compadeció de su propio triunfo.

Para algo era él un clásico: para angustiarse callando y para esperar después de haberlo dado todo. No para esperar el premio, sino para esperar el triunfo de una nacionalidad soñada: de una nacionalidad que se impondría contra viento y marea primero y contra viento y mareos después. No para pordiosear de la lucha civil una venganza, sino para exigir con su silencio una definición: la definición indispensable para que la Patria fuera una realidad definitiva. Por eso se negó a desembarcar otra vez en Buenos Aires: porque ya la esperanza tenía sitiada a la ciudad rectora; porque a sus puertas acampaba aquel que los románticos llamarían el Tirano y al que el Libertador saludaría con el título de Libertador. Y legándole su sable en la hora de disponer de su muerte, comprometió a mi Patria a su destino, ligándola, para salvarla, a la viva presencia de su destierro angustiado.

Siempre mi Patria se salvó por la angustia; siempre, como Don Quijote, halló su justicia en la reparación de la injusticia; siempre, como hija pródiga lanzada tantas veces a las más pobres aventuras, se encontró a sí misma, repatriándose. Ubérrima de ganados y de mieses, dueña de una prosperidad burguesa casi inigualada, reaccionó ante ella, casi contra ella, y se adelantó al encuentro de la historia para reclamar su nombre de Patria y protestar contra su renombre de emporio. Porque a ella, antes que las cosechas y las pariciones, le interesaba su honor. Por algo nació a la vida española de una manera enloquecidamente española; por algo se enraizó en la tierra españolamente y luchó contra las potencias antiespañolas de alarde en alarde y de capricho en capricho de no dejarse ganar; por algo movió guerra contra la Corte metropolitana, por aquella costumbre nuestra de ser más papistas que el Papa; por algo vivió su feudalismo, que otros llamaron anarquía; para hacer su gimnasia preconstitucional, para, tomando por las astas a la nueva realidad, medir sus fuerzas con ella y pulsar el pulso de su resistencia. Hasta que un día un gran señor feudal sentó su real de príncipe entre los primeros, y empezó mi Patria a vivir la dura y paternal monarquía de aquel hombre a quien San Martín anunciara, cediéndole su título de Libertador: D. Juan Manuel de Rosas. Llamado el Ilustre Restaurador de las Leyes. Militarmente vencido por una coalición de enemigos internos y de ejércitos extranjeros, tuvo tiempo suficiente, tuvo años suficientes para organizar, si no el Estado argentino, para organizar, sí, el alma nacional, para dejar incommoviblemente asentada la Patria que San Martín quería, con un gobernante fuerte como suprema condición.

Porque San Martín, españoles, no se separó de vosotros para librarnos del Gobierno de una metrópoli: lo hizo para librarnos de una metrópoli sin Gobierno. Intentad siquiera imaginar un San Martín rebelándose contra un César, Carlos V, y fracasáis en vuestro intento; porque San Martín no se alzó contra la majestad de España; se levantó contra una España sin majestad.

Este y no otro fué su propósito; no otra fué su acción ni el sentido de nuestra liberación. De nuestra liberación, sí, españoles de Europa: de la liberación de la tutela de nuestros hermanos de Europa—con modas de cortesanos pero sin modas de caudillos—, a los que apañaba nuestra madre viuda, rendida a la prestigiada comodidad de la vejez.

No era la vejez de España, sino de la Corte. Y frente a esa vejez se plantó la América segundona reclamando su privilegio de primogénita en América. Es cierto que a alguno se le fué la mano en el tono: es cierto que alguno, levantándose de la mesa, dió con su silla en tierra y se alejó de la casa y renegó de su sangre; es cierto que más de uno, aunque blanco por los cuatro costados, tuvo su pequeño complejo de mulato, porque tenía su complejo de asegundado; es cierto, sí, españoles, que alguno se salió de madre.

Pero hubo uno entre todos que salvó la empresa española renovando el honor español, el modo español, al que jamás traicionaría porque no podía traicionar a su propio ser: el hombre que derrotó a los ejércitos metropolitanos en auxilio de un Imperio que se deshizo, se deshizo hacia arriba, no derrumbándose, sino alzándose en llamas dejando sola a la metrópoli, sí, pero jamás uniéndose a nadie para combatirla.

Así quiso San Martín la guerra contra vuestros funcionarios ocasionales, antes enemigos encubiertos de la auténtica España que enemigos públicos de nuestra América. Contra ellos combatió—como lo hiciera en Bailén para contenerlos en la Península—, contra ellos combatió en América para batir en aquellas tierras, todavía imperiales, a los mandaderos de quienes hicieron posible el desastre de Bayona.

Así nació mi Patria, españoles; así, españolamente, nació nuestra Argentina, vuestra Argentina, porque decir *nuestra* es una manera de decir *vuestra*.